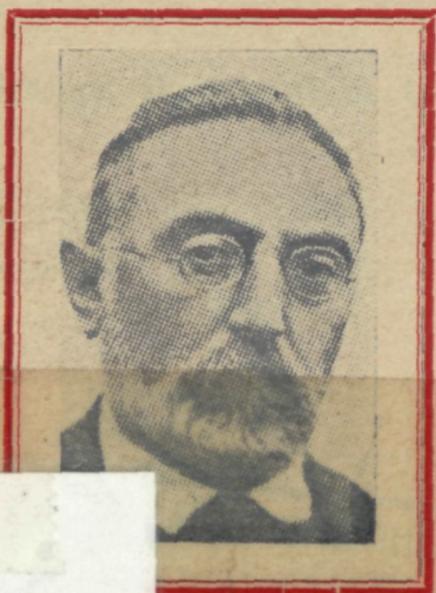


BIBLIOTECA CANARIA

CRONICAS DE UNAMUNO

Fuerteventura, un oasis en el desierto de la civilización



ST

BIG

312

PERIDES.—(CANARIAS)

ruz de Tenerife



BIBLIOTECA
MANUEL HERNANDEZ

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G CANARIA
Nº Documento.....290 211
Nº Copia.....371189

IMPRESIONES DE VIAJE

Fuerteventura, un oasis
en el desierto

(Crónicas de D. Miguel de Unamuno)

**

LIBRERÍA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

«Llegué a Fuerteventura el 10 de marzo de 1924, después de 17 días de haberme arrancado de mi hogar, días que pasé entre Cádiz, la navegación, unas horas en Tenerife y ocho días en Las Palmas de la Gran Canaria.

¡Fuerteventura! Cuanto viva mi alma y en la forma que viviere, vivirá en ella, hecha hueso espiritual o roca espiritual de sus huesos o sus rocas espirituales, esa bendita isla de Fuerteventura donde he vivido con ustedes, los nobles majoreros, y con el Dios de nuestra España, los días más entrañados y fecundos de mi vida de luchador por la verdad.»

Así escribía D. Miguel de Unamuno, en inolvidable carta a don Ramón Castañeyra, su mejor amigo isleño. Y añadía: «Usted, su venerable padre don José, sus hermanos, nuestro buen párroco de Puerto Cabras, don Víctor San Martín, mi posadero don Paco Medina, el excelente don Pancho López, espíritu zumbón y crítico, los amigos todos de la inolvida-

ble tertulia cara a la mar que sonríe a nuestras trágicas flaquezas, ustedes saben todo lo que ahí viví. Y ustedes saben cómo el día de mi liberación dejé esa roca llorando. Es que dejaba en ella raíces en la roca y raíces de roca.

Les prometí a ustedes volver a esa isla y si Dios, el de mi España, me da vida y salud, volveré. Volveré con el cuerpo, porque con el alma sigo ahí.

Les prometí a ustedes también escribir—«para siempre», como dijo Tucídides—ese relato de mi cautividad en esa bendita isla y hablar de ella, de ese «tesoro de salud y de nobleza». Lo he de hacer. Y haré aquel libro de que les hablé y que se titulará «Don Quijote en Fuerteventura». Don Quijote en camello a modo de Clavileño.»

X

Después de dejar las islas, Unamuno publicó en un volumen, «De Fuerteventura a París», los sonetos en que fué labrando día tras día su reacción ante los acontecimientos políticos. Son más de un centenar, la mitad de

los cuales fueron escritos en Fuerteventura, durante los días del exilio.

En ellos se refleja, dice, toda la agonía—agonía quiere decir lucha—de su alma de español y cristiano. Y agrega: «Como todos los feché al hacerlos y conservo el diario de sucesos y de exterioridades que en la isla llevaba, puedo fijar el momento de historia en que me brotó cada uno de ellos.»

Muchos de estos sonetos, están comentados en la expresada obra, y con valer ellos mucho, puede decirse como en el cuento: «Está aún mejor la salsa que los caracoles». He aquí los dos tercetos del soneto número XVI:

Pellas de gofio, pan en esqueleto,
forma a estos hombres—lo demás «conduto»—
y en este suelo de escorial, escueto,
arraigado en las piedras, gris, y enjuto,
como pasó el abuelo pasa el nieto
sin hojas, dando sólo flor y fruto.

Y aclara: «Los campesinos majoreros o fuerteventurosos viven principalmente de gofio, harina de maíz o trigo—o mezcla de ambos—, tostado primero y luego molido en mo-

lino de viento. Lllaman «conduto»—antigua-
mente en castellano se decía «conducho»—a
lo que acompaña a ese fundamental manjar:
pescado seco, higos secos, queso, etc., para
hacerlo pasar. La aulaga es un esqueleto de
planta; la camella es casi esquelética y Fuer-
teventura es casi un esqueleto de isla.»

El comentario que hace a uno de sus más
crudos sonetos, es sugerente en extremo: «En
una carta que recibí en Fuerteventura, y es-
crita por uno de los exdiputados socialistas,
se me decía que era forzoso atemperarse a la
realidad. A lo que contesté que realidad viene
de «res», cosa, y pueden creer que hay que
plegarse a ella los que, conforme a la inter-
pretación llamada materialista de la historia,
opinan que son las cosas las que hacen a los
hombres y los llevan; pero los que, como yo,
creemos, en sentimiento histórico de la histo-
ria, que son las personas, los hombres, los que
hacen las cosas y las llevan no debemos ple-
garnos a esa realidad material y que conmi-
go llevó a la isla la «personalidad de España.»

UNA ISLA Y UN ESTILO

Todo estilo, hasta el de la Naturaleza, es autobiográfico. Esta isla de Fuerteventura— ¡fuerteventurosa isla!—, por ejemplo, tiene estilo, que no lo tienen otras islas convertidas por los hombres en jardines; esta isla para peregrinos—peregrinos del ideal—, y no para turistas, esta isla tiene un estilo, un estilo esquelético. Esquelética es su tierra, estas ruinas de volcanes que con sus montañas, a modo de corcovas de camellos, las montañas de esta isla acamellada; esqueléticos son sus camellos, que acusan su osamenta vigorosa; esquelética es la aulaga, el pobre tojo que reviste estos pedregales, esa mata que es toda ella espinas y flores, sin hojarasca alguna, escueta, enjuta, ósea; esquelético es el tarajal, éste mustio tamarindo que sacude al viento su mezquino y lacio y gris follaje; esquelética es también la pella de gofio, de harina de trigo tostado, ese gofio que es como esqueleto de pan; esqueléticas son las casas, estas

casas sin tejados, de desnudos mampuestos muchas de ellas... Y toda esta solemne desnudez ósea es autobiográfica. Con esta desnudez, Fuerteventura describe su propia vida, se describe a sí misma.

x

Ahora alumbrando aguas de sus entrañas rocosas, aguas salobres, empiezan a revestirla del verdor de los alfalfares y de las tomateras; pero cuando el verde esmeralda de la alfalfa haya revestido las gavias de este suelo, habrá desaparecido el estilo. ¿A quién se le ocurre hablar del estilo del valle de la Orotava, en Tenerife, donde se tienden hacia el mar, en la falda del Teide, los platanares? El estilo es el hombre; pero el hombre no puede dar estilo a una tierra. La tierra tiene un estilo, que no es el del hombre que la cultiva.

Ahora, que los hombres superficiales gustan del estilismo de un jardín, de un campo estilizado por el jardinero, y no sienten la hondura del estilo de una tierra desnuda. Son pocos los que llegan a comprender—comprender es la palabra—el estilo del Sahara o siquiera el del páramo castellano. Están hechos a restregarse la vista con el verdor fic-

ticio de las huertas de abono, y no saben restregarse el corazón con la parda desnudez de los entrañados páramos. Necesitan hojarasca. Cierran los ojos y se restregan los párpados con pétalos de rosa de jardín y se frotan los labios con ellos y aspiran su perfume, lo que no puede hacerse con esta aulaga, «contenta de los desiertos» como la hiniesta de Leopardi. Esta aulaga, toda ella espinas y flores; este esqueleto de planta es un cilicio; es un cilicio para restregarse, en dolor sabroso, el corazón con él. Sólo la come el camello; sólo el camello, este anacoreta resignado, se alimenta de sus flores y de sus espinas. Pero el que no sepa restregarse el corazón con desnuda aulaga, jamás llegará a saber lo que es estilo.

SENTIDO HISTORICO

Esta infortunada isla de Fuerteventura, donde entre la apacible calma del cielo y del mar escribimos este comentario a la vida que pasa y a la que se queda, mide en lo más largo, de punta Norte a punta Sur, cien kilómetros, y en lo más ancho, veinticinco. En su extremo Suroeste forma una península casi deshabitada, por donde vagan, entre soledades desnudas y desnudeces solitarias de la mísera tierra, algunos pastores. A esta península se le conoce por el nombre de Jandía o de la Pared. La pared o, mejor, muralla que dió nombre a la península de Jandía, y de la que aún se conservan trechos, fué una muralla construída por los guanches para separar los dos reinos en que la isla Majorata, la de los majoreros, o sea Fuerteventura, estaba dividida y para impedir las incursiones de uno en otro reino. Y he aquí cómo este pedazo de Africa sahárica lanzado al Atlántico se permitía tener una península y una

muralla como la de la China en cuanto al sentido histórico. Porque aquí hubo historia en lo que se llama los tiempos prehistóricos de la isla, lo que quiere decir que aquí hubo guerra civil, guerra intestina entre los guanches que la habitaban. Sin duda porque el aislamiento les impedía tener guerra con los de fuera.

En los «Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias», el Dr. Gregorio Chil y Naranjo—siguen sus títulos, que no son pocos—le dedica un capítulo—páginas 435 a 455 del voluminoso tomo primero—a los «Reinos de Fuerteventura». Reinos, así, y no reino. Porque esta isla estaba dividida antes que arribaran a ella sus primeros descubridores y conquistadores europeos en dos reinos por lo menos. Lo que quiere decir, repitamos, que aquí hubo historia; que no fué ésta una de esas idílicas—tomando lo de idilio en su más vulgar sentido moderno—islas del mar llamado por mal nombre Pacífico.

El Dr. Chil y Naranjo, varón ingenuo y candoroso, nos describe las costumbres de los primitivos guanches majoreros, diciéndonos que eran «alegres y amigos de fiestas», que «lloraban difícilmente» y que «por la resig-

nación que tenían con su suerte, se puede decir que parecían verdaderos estoicos». Y así continúan siendo sus habitantes de hoy, para consuelo y edificación de los desterrados que llegan a estas hospitalarias costas. Y hablando luego de su gobierno, dice el ingenuo Dr. Chil y Naranjo, una especie de Herodoto perteneciente a varias asociaciones académicas—entre ellas a una Sociedad de Aclimatación y a la Academia de Estanislao, de Nancy—, que «es de creer que el Gobierno era monárquico hereditario, con castas privilegiadas y una gerarquía—la g es suya y no nuestra—social que tenía el mando de los ejércitos y ejercía la magistratura, bien que, desconociéndose la servidumbre, los altos puestos del reino eran desempeñados por los guerreros; esto es, por los «Althas» u hombres valerosos, a quienes por lo mismo no alcanzaba todo el rigor de las leyes penales». Y poco después añade que «el rey era siempre el supremo magistrado» y que «el oficio de carnicero y de verdugo eran reputados como infamantes».

Aquel «es de creer» del ingenuo doctor Chil y Naranjo es de una rara profundidad inconsciente. Es de creer, en efecto, que los dos reinos en que por la muralla estaba divi-

didá la isla, eran dos monarquías hereditarias. Y esa división era la razón de ser histórica de la primitiva isla de Fuerteventura; era la raíz de su incipiente civilización analfabética.

«No obstante esa separación completa de los dos Estados, las guerras eran tan frecuentes, que, por decirlo así, los ejércitos de ambos reinos estaban siempre sobre las armas» —dice el ilustre miembro de la Sociedad de Aclimatación y de la Academia de Estanislao, de Nancy—. ¿No obstante? Todo lo contrario a merced a esa feliz separación «¡feliz culpa!», que canta la Iglesia—eran frecuentes las guerras entre los dos reinos majorereros; gracias a esa feliz separación, se aclimató la historia en esta isla.

¡Y habría que haber visto a las huestes del Norte, de la porción enormemente mayor, acudir desde Tuineje y Tesejerague y Tiscamanita y Ampuyenta y Chamotistafe y Triquibijate, jinetes en camellos, si es que entonces los había como hoy abundan, en la isla—seamos cautos en la investigación—, acudir a la conquista de la rebelde península de Jandía! Y pasar al pie de la montaña Cardones—ayer la bordeamos, sólo que en «auto»—, donde estaba la sepultura del gi-

gante Mahán, que medía 22 pies de largo. El ingenuo doctor no niega que pudiera haber existido una sepultura de esas dimensiones, pero se resiste, con excepticismo herodotiano, a creer que el esqueleto alcanzase «esa estatura colosal». Pero ya contaremos cómo era el esqueleto y no la sepultura el que medía ese tamaño.

¡Ah! Si pudiéramos evocar el espíritu errante de la pitonisa Tabiabrin o el de la Sibila Tamonante, que vaga por las trágicas cuchillas de esta isla sedienta de agua dulce, ellos nos dirían que fué aquella separación de la muralla de Jandía, la que a los pobres guanches les procuró el consuelo fuerte de haber nacido; qué fué lo que les dió, con la bendita guerra civil, la vida imperecedera de la Historia; qué fué lo que les hizo personas, es decir, ¡ciudadanos!

LA SÉPULTURA DE MAHAN

En estos días me llegan acá, a esta isla afortunada—y lo es de veras, pues no hay en ella ni «cine» ni equipos de «foot-ball»,-- voces amigas que me recuerdan mi «Vida de Don Quijote y Sancho», mis comentarios de pasión a la pasión de Nuestro Señor el ingenioso Hidalgo. Voces de fuera de España... De fuera de España, no, pues que son de pueblos de limpia habla española, del habla con que Colón, fuese de donde fuese, descubrió el Nuevo Mundo, del habla en que sonó «¡Tierra!», frente a las costas de la Española. Y otras veces me llegan de otras tierras, de la noble Italia en cuya lengua corre, años hace, aquel mi comentario, de la noble Italia, de Colón. Y perdonen los gallegos que aun se obstinan en sostener que es patriotismo ni de la chica ni de la grande, mantener supercherías. Porque ninguna patria, ni chica ni grande, se tiene en dignidad sino bajo el pabellón de la patria in-

mortal. Y la patria del alma inmortal es la verdad. A tal punto, que no hay, que no puede haber mentira patriótica.

Don Quijote, que dicen que era loco, pero nadie ha osado sostener que fuera tonto, odió la mentira. Y, sin embargo, cuando aquello de la cueva de Montesinos... Pero es que sin eso Don Quijote sería divino, sería un dios. Y aquello de la cueva de Montesinos, ¿fué mentira? ¿O no fué más bien que quiso crear su verdad?

Ahora empiezo a averiguar las miríficas aventuras que corrió aquí, en esta sedienta isla—¡sedienta ceñida al mar y con toldo de nubes!—Don Quijote, a donde vino después de morir y antes de subir a los cielos. Vino a rescatar el alma del gigante Mahán, cuya sepultura estaba al pie de la montaña Cardones. Y vino en camello, pues Rocinante, que había muerto, no resucitó.

Dice don Gregorio Chil y Naranjo, en sus «Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias» (1876), que se decía que al pie de la montaña Cardones estaba la sepultura del gigante Mahán, que medía veintidós pies de largo. Y el sabio—porque éste sí que era sabio y concienzudo, lo que no quiere decir consciente—, agrega-

ba: «Yo no negaré que bien pudo existir una sepultura de esas dimensiones; pero de esto a que el esqueleto que allí yaciera hubiese alcanzado esa estatura colosal, hay una enorme distancia, difícil de salvar, a menos que esos mismos historiadores—se refiere entre otros a los señores Abreu y Galindo y Martín y Cubas—se hubiesen convencido de ello por el testimonio de su vista». Esto sí que es de un sabio.

Pero vino don Quijote, que no era un sabio—la sabiduría se la dejaba a Merlín,—vino montado en camello, y fué al pie de la montaña Cardones, tan pelada entonces como hoy lo está, y miró con los ojos de la cueva de Montesinos, ojos de lechuza o minervinos de los que ven en lo obscuro y ciegan en lo claro; y, ¿qué vió? Pues vió que el esqueleto del gigante Mahán medía, en efecto, los veintidós pies y aun más. La que no los medía era la sepultura. Esta era del tamaño ordinario de la de un majorero—majoreros son los de Fuerteventura de nuestros tiempos de ahora—. Y vió más Don Quijote, con sus ojos de la cueva de Montesinos: vió que toda esta isla maravillosa de Fuerteventura está formada por esqueletos de antiquísimos gigantes guanches, y que en los esqueletos, en las ári-

das osamentas de estos gigantes, están cavadas las sepulturas de los españoles que hoy duermen aquí, brizados por este mar dormido, el dulce y sabroso y soporoso sueño sin despertar. Y vió Don Quijote cómo las ovejas lamían las piedras para sacarles la sangre de aquellos gigantes y cómo buscaban las raicillas de los yerbajos secos al pie de un triste tarahal, que es aquí algo como la retama que cantó Leopardi.

ESCUELA DE SOSIEGO

«¿Qué le parece a usted nuestro clima?»
Y lo preguntan algunos como si se tratara de suyo propio, de algo que han hecho ellos. ¿Y no será siquiera en parte así? Porque hay allá, en mi nativa tierra vizcaína, quienes parecen creer que son ellos los que han hecho el hierro de nuestras montañas. Y en Bilbao, en mi Bilbao, se cree, y con razón, que es Bilbao, que son los bilbaínos los que han hecho la ría y que la ría, madre de Bilbao, es a la vez su hija. Y así es, pues todo hombre que de veras lo sea hace de su madre su hija. Y la patria o, mejor, la patria, nuestra tierra matriz, tiene que ser nuestra hija si hemos de merecerla. Y si ella ha de merecernos.

«¿Qué le parece a usted nuestro clima? Clima quiere decir inclinación, y la inclinación es aquí, en esta afortunada isla de Fuerteventura, admirable. ¿Qué escuela de

sosiego! ¡Qué sanatorio! ¡Qué fuente de calma!

En esta apartada isla la luna brilla más pura y se respira mejor. Es decir, menos Don Juan Tenorio. Don Juan Tenorio se aburriría como una «claca»—que hace aquí las veces de ostra—en esta isla. Aquí no hay campo para Don Juan Tenorio. Aquí no hay más Tenorios que los camellos en esta época del celo, cuando sacan su vejiga de la boca. Aquí no se comprenden tenoriadas. Y no es que el linaje humano ño se propague y multiplique aquí, no. Aquí hay hombres. Lo que no creo que haya es ni muchos machos con pantalones ni muchos eunucos con ellos. Bajo este clima prospera la humanidad; pero una humanidad recatada y resignada, enjuta y sobria, una humanidad muy poco teatral. Y es que el clima no es teatral.

«¿No ha oído usted el trueno? Anoche, a eso de las doce y media...» Así me preguntaban hace pocos días. Y no; no oí el trueno, y eso que dicen que fué trémendo. Pero ¿cómo puede ser trémendo un trueno aquí, junto a esta mar tan dulcemente arrulladora?

«Pantanos e insalubre...» ¡Qué más quisieran aquí sino que hubiese pantanos! No; nada de pantanoso. Aquí no se estanca más

que la tierra. En ella hay lo que llaman «gavias», cuadrados con rebordes, para que el agua de riegos se endique en ellos; pero... ¿pantanos?

Pero este clima; ¡este clima! Y ¡cómo se duerme! ¡Es una bendición, una verdadera bendición! En mi vida he dormido mejor. En mi vida he digerido mejor mis íntimas inquietudes! Estoy digiriendo el «gofio» de nuestra historia.

¡Qué razón tenía el amigo Gil Roldán cuando me dijo en Tenerife, allí, en medio del maravilloso paisaje de La Laguna—tengo que rehacer lo que de él dije en mi «Por tierras de Portugal y de España»—, que este paisaje de Fuerteventura es un paisaje bíblico! Evangélico más bien. Este es un clima evangélico, son toda la esencia del Evangelio, rriten en el lecho del alma las parábolas, las metáforas y las paradojas evangélicas. (Metáfora, parábola y paradoja son todo el estilo evangélico, sont oda la esencia del Evangelio, de la Buena Nueva.)

En estas mañanas, cuando el sol, al salir de la mar, me da, recién nacido, un beso en la frente, tomo mi Nuevo Testamento griego, lo abro al azar, y leo. Y en este clima las viejas parábolas, las parábolas eternas,

me suenan a algo enteramente nuevo. Sí; este es un paisaje evangélico. Y es, sobre todo, un celaje evangélico.

¡Ah! ¡Pobre Fuerteventura! ¡Qué lección la de tu noble y resignada pobreza!

Aquel camello, aquel camello sacando agua de una noria al pie de una palmera! En el fondo el paisaje de Betancuria.

¡Y aún quieren, Fuerteventura, robarte tu pobreza! En Las Palmas oímos un cantar que dice: «Ni en Puerto Cabras hay cabras—ni en La Oliva hay un olivo—ni hay pájaros en La Pájara—ni en la Antigua hay nada antiguo.» Y no es verdad; porque en Puerto Cabras, aquí hay cabras—y en su mar cabrillas—que lamen las piedras y se mantienen; y si en La Oliva no vi un olivo, en La Pájara hay pájaros y hay algo antiguo en La Antigua. ¿Antiguo? ¡Más que antiguo! ¡Eterno! Porque en La Antigua hay, como en toda la isla, el clima, un clima prehistórico.

¿Pero es prehistórico este clima? Porque el clima mismo, sin duda, que dividió a los antiguos guanches mayoreros, a los guanches de la Fuerteventura anterior a Bethencourt, en los reinos divididos por la pared que separaba la península meridional, la de Jandía;

del resto de la isla; es el clima mismo que hizo la historia prehistórica—pase la paradoja—de esta isla afortunada. O ¿ha cambiado el clima? ¿Es que el pastor pacífico ha destruido el arbolado? ¿O es que el clima no está sujeto a historia?

LA ISLA ERMITAÑA

¡La verdad, la verdad! ¡Como corona y coronamiento de todo, la verdad! La tierra de esta isla ermitaña no miente; Fuerteventura dice al hombre, dice a sus hombres, a sus hijos, la verdad desnuda y descarnada, el esqueleto de la verdad. El que miente aquí es el cielo, que se cubre de nubes y no llueve. ¿Pero la tierra, los huesos de tierra, el esqueleto de tierra? La verdad, corona y coronamiento de toda la vida humana; nada más que la verdad. Que llega a ser la suprema ilusión.

¡Estos barrancos secos y sedientos, cadáveres de ríos! Y, como todo cadáver, dicen la verdad descarnada, corona y coronamiento de la vida.

En ellos, en esos barrancos, entre pedruzcos calcinados, brota un «mimo». ¿De dónde su verdor? Verdor de sequía, verdor de verdad. Fuerteventura dice la verdad descarnada y no engaña a sus hijos.

Esa pobre aulaga, esqueleto de planta, toda

ella seca espinas y, por brève tiempo, flores, esa aulaga me recuerda a la retama, a la «ginesta», la hiniesta que cantó Leopardi en su último y estupendo canto. Aquel en que dijo de la Naturaleza que es para el hombre, su hijo,

«madre en el parto, en el querer madrastra.»

¿Madrastra? ¿Por qué? ¿Porque le dice la verdad acaso, porque no le engaña? ¿Porque no trata de consolarle de que haya nacido? No, sino que el querer de esta tierra, de esta fuerte tierra descarnada, como es descarnada la verdad verdadera, el querer de esta tierra es querer maternal, esa fuerte madre que cría a sus hijos para después de la vida, para más allá de la vida.

Y esta verdad tiene sus verduras. Ahí, en las faldas de esos esqueletos de montaña, ruinas de volcanes a las veces, el verdor de las higueras; de las higueras con cuya hoja cubrieron nuestros primeros padres su desnudez. Y sus higos se secan al sol, y ellos, los higos secos, pasos, y el queso, el cuajado queso de las pobres cabras y ovejas que lamen estos pedregales, sirven de conducto para comer el gofio, esqueleto de pan, a los hijos de esta fuerte tierra de la verdad, de esta fuerteventurosa isla permitaña.

«Conduto», así le llaman aquí los mayores—los tuerteventurosos hijos de esta isla— al higo y al queso con que acompañan al gofio, a la harina de trigo y maíz tostados, con que se alimentan. Lo esencial, el alimento, el verdadero alimento, es el gofio, es el esqueleto de pan, es la roca viva de este suelo, y lo otro, el higo, la leche cuajada, eso no es más que conducto, acompañamiento. En todas estas islas canarias, además, se usa el queso como entremés o aperitivo, cual condimento. Alimentarse de raspaduras de los huesos de la tierra; tal el gofio. Y es alimentarse de la verdad.

Esta tierra, esta noble tierra descarnada, le dice a sus hijos la verdad; no les engaña. Y por eso la quieren.

¡Y qué ilusión más grande es la verdad! La verdad es el supremo engaño. Porque la verdad nos hace creer que hay algo más después de ella, más allá de ella. Y es que nada hay en el fondo más consolador que lo que los tontos—y los listos sin talento, que son más tontos que los tontos—llaman pesimismo. ¡Qué consolador leer aquí a Leopardi! En cambio los botarates, como tienen miedo a la verdad, no saben lo que es el supremo consuelo de la verdad descarnada. Y su alegría

Alegría de dentro, alegría de las entrañas del corazón, alegría del esqueleto del corazón —que la tiene—, alegría de la razón satisfecha. Y para esa alegría no hay que acudir al vino. Los tontos dicen de uno que está alegre cuando está borracho, y no hay nada menos alegre que un borracho.

«¡In vino veritas!»—se ha dicho—. «En el vino la verdad». Pero no es así. En el vino la mentira. El vino engaña, como nos engaña la luz del sol al ocultarnos de día el mundo infinito de las estrellas.

¿Conocéis el estupendo soneto inglés de Blanco White? Os lo traduciré en prosa. Dice:

«¡Misteriosa Noche! Cuando nuestro primer padre te conoció por noticia divina y oyó tu nombre, ¿no tembló esta amable fábrica, por este glorioso pabellón de luz y azul? Pero bajo una cortina de traslúcido rocío, bañado en los rayos de la gran llama poniente, Héspero llegó con la hueste de los cielos, y he aquí que la creación se ensanchó a la vista del hombre. ¿Quién habría creído que tal obscuridad estuviese oculta dentro de tus rayos, ¡oh, Sol!, o quién habría pensado que mientras se revelaban la mosca y la hoja y el insecto nos dejaras ciegos para semejantes or-

bés sin cuénto? ¿Por qué hemos de temer, pues, a la Muerte con ansiosa brega? Si la luz puede así engañarnos, ¿por qué no la Vida?»

«El más bello y el más grandiosamente concebido soneto en nuestra lengua»—dijo Coleridge de ese soneto del hispano-inglés Blanco White.

Sí. La vida puede engañarnos; pero la verdad, la verdad descarnada, la verdad de los que los tontos llaman pesimistas, esa no nos engaña. Y esa fuerte verdad, esa verdad fuerteventurosa, es el supremo consuelo y es la suprema alegría. No hay risa como la de la calavera. Y esa risa dice que detrás de la verdad está la tras-verdad.

Fuerteventura no tiene palabra de honor, sino de verdad.

LECHE DE TABAIBA

¡Estas soledades desnudas, esqueléticas, de esta descarnada isla de Fuerteventura! ¡Este esqueleto de tierra, entrañas rocosas que surgieron del fondo de la mar, ruinas de volcanes; esta rojiza osamenta atormentada de sed! ¡Y qué hermosura! ¡Sí, hermosura! Claro está que para el que sabe buscar el íntimo secreto de la forma, la esencia del estilo, en la línea desnuda del esqueleto, para el que sabe descubrir en una calavera una hermosa cabeza.

Mas aun así, visten a estas desnudeces óseas, y hasta en este año de singular sequía, en este año en que la mitad del ganado se muere de hambre—¡qué triste espectáculo el del embarque de reses en busca de pasto, a otra isla—, visten a estas desnudeces el verdor, esparcido acá y allá, de las higueras y tal cual gabia de alfalfa. O el verde pálido y triste del tarajal, una especie de tamarindo. Pero en los campos de pedrega-

Les calcinados sólo se arrastra la aulaga.

¡Pobre aulaga! El nombre es español, que aulaga es lo mismo que aliaga, argoma o tojo. Sólo que esta aulaga de aquí es otra cosa; es un esqueleto de planta, toda ella espinas, sin hojas, pero en primavera con flores. Unas florecillas amarillas que el camello pasta. ¡Pobre aulaga! ¡Hace aquí el papel de la retama de Leopardi, de la pobre retama, «contenta de los desiertos»!

Y luego otro verdor en repliegues de estos osamentos de montañas, un verdor amarillento, pálido, el verdor de las tabaibas.

Tabaiba, como tarajal, parecen nombres indígenas, guanches; tienen la te inicial característica. En nombres de lugares—poblaciones, montes, fuentes, cabos...—, en toponimia sólo en esta isla hay: Tefía, Tetir, Tizcamanita, Tejuate, Toto, Tostón, Tuineje, Time, Teñejeraque, Tindaya, Tao, Triquivijate, Tigutame, Taca, Tamariche, Tamaretilla, Tabai... en Lanzarote: Testeina, Tinajo, Tiagua, Tías, Taiche, Timanfaya..., sin contar los que hay en Tenerife, donde se alza el Teide; en Gran Canaria, en la Palma, en Hierro y en la Gomera. Y esa te inicial característica es la de tarajal y tabaiba.

La tabaiba remeda en pequeño—pues es

una mata—al drago, al árbol tan curioso de Tenerife. Surgen sus tallos y se ramifican sin brotes ni hojas, y sólo en las extremidades, en las puntas de las últimas ramificaciones, una coronita de quince o veinte hojitas sencillas, irradiando de un centro, y en medio la flor, una flor amarilla, y luego el fruto. El drago da una savia, un fuego rojo, como la sangre; la tabaiba, si se le corta, desprende un jugo blanco, lechoso, como el de la lechetrezna, un fuego pegajoso y cáustico. Lo usan para remedio de ciertas dolencias.

¿De dónde saca la tabaiba su acre leche? De donde saca su leche la camella que se apacienta en pedregales, que parece alimentarse lamiendo pedruscos, que rumia ese esqueleto de planta que es la aulaga, toda ella espinas. También por otra parte, la sandía, ahí, en Castilla, es fruta de secano, fruta de paramera, de estepa.

La leche acre y cáustica de la tabaiba es jugo de los huesos calcinados de la tierra volcánica que surgió del fondo de la mar; la leche acre y cáustica de la tabaiba es tuétano de los huesos de esta tierra sedienta. Y hay que alimentar el espíritu con leche de tabaiba.

¿Pesimismo? ¡Bah! Jóvenes que me leáis

—si es que hay jóvenes en la generación de mis hijos—, cuando oigáis hablar de pesimismo y optimismo, advertid que es la ramplona frivolidad, que es la frívola ramplonería que os está cercando para devoraros el alma. Eso de pesimismo y optimismo es el lenguaje de la más hojarascosa tontería.

Hojarascosa he dicho, porque la tontería no tiene huesos; la tontería no es más que pellejo y hojarasca; la tontería carece de esqueleto, carece de línea, carece de estilo. La tontería no es más que superficialidad; fatal superficialidad—y a la vez superficial fatalidad—; la tontería no es más que frases hechas, lugares comunes. Y la peor tontería, la más tonta, es la que remeda tristeza. Ya me lo habéis oído: listo sin talento es peor que tonto sencillo. El mero tonto, el tonto puro, es más inteligente que el listo sin talento. El listo sin talento es el colmo de la frivolidad.

Supongo que la leche de tabaiba debe ser un gran purgante. No la he experimentado; no pienso experimentarla, porque no necesito purgantes, porque gracias a mi régimen de agua, de agua pura, hago admirablemente bien la digestión. Y vivo alegre. Hago bien la digestión, porque el agua es el mejor disolvente, y vivo alegre, con alegría de dentro,

entrañada, de tuétano; porque la alegría no es la que viene del vino, sea nacional o extranjero. Eso es otra cosa; eso es remedo de alegría, ficción de alegría, disfraz de alegría, Y fundamentalmente tontería. El que necesite alcohol para alegrarse es tonto de remate y sin redención. Y necesitaría, pero corporalmente, leche de tabaiba.

UN OASIS EN EL DESIERTO

He venido a París—me han traído, mejor—de la isla de Fuerteventura, cuando todo mi anhelo se cifra en refundar una patria, en asentar en España una sociedad civil libre. Y he recibido la impresión tumultuosa de este París sobre la asentada impresión, hecha ya carne de mi mente, del austero sosiego de Fuerteventura. De Fuerteventura, de donde salí llorando, y donde ha echado raíces incorruptibles mi corazón.

Mi amigo del alma, Crawford Fritch—el que me ha traducido al inglés mi obra sobre el sentimiento trágico de la vida—, que pasó conmigo cuarenta días—toda una cuaresma— en la sedienta isla canaria de los camellos, me escribe desde Antibes, en la Costa Azul, esto: «Vine acá el sábado desde Marsella. Viniendo en el tren por la tarde, la belleza de esta costa me sobrecogió la fresca, lujuriente vegetación, el suave mar plateado, los brillantes hotelitos blancos, el aspecto de sonriente sere-

ñidad y bienestar. Parecía como un paraíso terrestre. Parecía nada real. Parecía imposible que la vida pudiera ser tan sin dureza— «hardness»—, sin austeridad. Sí. Estoy un poco amedrentado de ello. Tengo miedo de ir a dormirme aquí. Hay una especie de sensualidad que incuba sobre todo ello. Aquí el animal en el hombre zapa al espíritu. Usted no hace falta aquí; no hay nada que hacer para usted; el mundo está muy bien como está— no hay por qué luchar, nada por qué esforzarse; ir a dormirse y dejar de molestarse— «go to sleep and cease worreyiny».

Algo parecido experimenté cruzando, en una tarde dulce, la grasa Normandía, desde Cherburgo, el puerto francés en que desembarqué, hasta este París. Invadíame también un sueño dulce y brumoso, el sueño de la civilización. En esa Normandía, toda ella opulenta encarnadura, vestida de espléndida cabelleira verde, recordaba la esquelética Fuer-teventura, toda ella hueso calcinado al sol y refrescado por la brisa atlántica.

Luego Crawford Fitch, mi inglés, me dice—en inglés—que ahora es cuando se da cuenta de la trivialidad de nuestra civilización, de que la trivialidad es la maldición de la civilización inglesa y que es de trivía-

lidad de lo que hemos de morir—si hemos de morir—, de una muerte inheroica; de que sabemos vivir suavemente, cómodamente, demasiado suavemente, demasiado cómodamente; de que es extraordinario cuán poco nos ha sacudido hacia arriba— «shake us up»—la guerra; de que ha acrecentado nuestra sed de placeres, y... esto es todo. Y añade estas líneas que leí con el corazón tembloroso, con el corazón concorde y unánime con el de mi inglés. Dicen: «¡Fuerteventura! Estoy casi nostálgico—«homesick»— de Fuerteventura! ¡Inolvidable isla! Para mí Fuerteventura fué todo un oasis, un oasis donde mi espíritu bebió las aguas vivificadoras y de donde salí refrescado y fortalecido para continuar mi viaje a través del desierto de la civilización.» Siguen tres líneas que por referirse a mí y a mi acción sobre el que me las dirige suprimo, y añade: «Sí. Creo que iba a dormirme antes de llegar a Fuerteventura; pero ahora estoy despierto de nuevo.»

¿Me dormiré yo aquí, en el suave tumulto de París? ¿Me dormiré al arrullo de los «autos», yo que me mantuve despierto al silencio de la marcha sosegada de los camellos?

Se dice que en aquellas Islas Canarias el hombre se apatana, y el de Fuerteventura,

el majorero, pasa en ellas por ser indolente. Pero yo sé que jamás me he mantenido más despierto y que lejos del tumulto de las últimas noticias, del barullo de la actualidad, recibiendo correo cada cinco o siete días, oyendo la canción brisadora del mar, la leyenda del Atlántico, al pie de las recortadas colinas peladas, he entrevisto con toda lentitud el esqueleto de nuestra historia, la osamenta de nuestra civilización. Desde la augusta sequedad de Fuerteventura he comprendido el veneno de la sombra del follaje de nuestras instituciones. La mar ha cantado a mi soledad íntima y me la ha encantado.

Viendo las lustrosas y grasas vacas normandas apacentándose en praderas de esmeraldas, bajo un cielo que se derretía en los árboles del horizonte, recordaba—y digería el recuerdo— aquellos escuálidos camellos buscando entre las piedras una escuálida aulaga gris o haciendo destacar su largo cuello sobre un cielo barrido por el Nordeste.

Pasarán los años; se irá deshaciendo mi memoria; se pudrirá en ella, en mi memoria, su carne y en esta carne los recuerdos que allí encarnaron, pero los que se hicieron hueso de sus huesos, hueso de mi memoria, osa-

menta del espíritu, esos no se pudrirán nunca.

¡Fuerteventura, un oasis en el desierto de la civilización! ¡Verdad, amigo Fitch, verdad!

EL DESTIERRO

Ruina de volcán esta montaña
por la sed descarnada y tan desnuda,
que la desolación contempla muda
de esta isla sufrida y ermitaña.

La mar piadosa con su espuma baña
las uñas de sus pies y la esquinada
camella rumia allí la aulaga ruda,
con cuatro patas colossal araña.

Pellas de gofio, pan en esqueleto,
forma a estos hombres—lo demás «conduto»—
y en este suelo de escorial, escueto,

arraigado en las piedras, gris y enjuto,
como pasó el abuelo pasa el nieto
sin hojas, dando sólo flor y fruto.

(Del libro «De Fuerteventura a París»)